



EL CENTINELA

SEMANARIO TRADICIONALISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCION		ADMINISTRACION
EN PALMA, Trimestre.	1 peseta	LIBRERÍA DE PROPAGANDA CATOLICA 1, CALL, 1
FUERA DE PALMA, Trimestre.	1'15	
PALMA, Semestre.	2'25	
ULTRAMAR Y EXTRANJERO		Número atrasado, 15 céntimos.
Semestre.	5 pesetas	NOTA. El pago de la suscripcion se hará por adelantado.
Número suelto, 10 céntimos.		

El Sr. D. Carlos de Borbon y su Augusta R. Familia continúan sin novedad en su importante salud.



A la memoria del virtuoso y sabio **D. ANTONIO LLADÓ**,
 Al humilde levita que no soltó de sus manos el incensario por
 reputarse indigno de subir al altar de los sacrificios,
 Al eminente catedrático de Matemáticas y de Geografía,
 Al filósofo católico, docto humanista, elegante versificador del
 Lácio y profundo geólogo bíblico,
 Al laureado geómetra que redujo el arte de la armonía á la ciencia
 del espacio y de la figura,
 Al ejemplar asceta que inventó y trazó el Calendario Gregoriano
 perpétuo,
 Al ilustre teólogo y moralista que ennoblecíó la bandera tradicional
 española,
 Dedicamos con profunda veneracion esta página de luto

LA REDACCION.

EL CENTINELA

PALMA 16 DE JULIO DE 1887.

TRISTES RECUERDOS

«En una sociedad que reniega de sus padres y de sí misma, sentimos necesidad de traer á la memoria las populares tradiciones que nos hablan de la generacion que desfallece ante nosotros, y de la cual apenas quedan las últimas centellas de vida.»

Así se explicaba nuestro colega *El Ancora* el día de la festividad del Doctor Seráfico S. Buenaventura, recordando los alegres turnos de escolares que en aquel día se agitaban y bullían en el artístico claustro de San Francisco, para celebrar la solemnidad del Patron de las escuelas franciscanas; mientras que hoy, gracias al liberalismo, aquel sagrado lugar se ve profanado por la planta de ladrones y asesinos.

En vano tratan los hipotéticos mestizos de ocultar los males que á la Religion y á la Patria ha acarreado el nefando liberalismo; los hechos hablan muy alto en pro de los tiempos antiguos, y vienen á dar un solemne mentís á los que pretenden que la cultura y la civilizacion están hoy en su mayor auge, en su mayor grandeza.

Aquellos grupos de Rectores que de toda la isla confluían al convento de San Francisco, en donde la juventud había bebido las aguas puras de la sana teología; las venerandas figuras de aquellos religiosos envejecidos en la obediencia y en las letras que, mezclados con las muchedumbres de regocijados alumnos, llenaban aquel poético claustro; todo esto ha pasado ya. A pretexto de mayor adelanto, la Revolucion quitó de una plumada todas las Ordenes religiosas, y aquellos maestros que ántes no costaban nada al Estado, han sido sustituidos por otros que cuestan una cantidad enorme.

Los ruidosos cantares que resuenan hoy en el claustro monumental de San Francisco, son cantares emponzoñados con el álito de un pecho en que se anida el rencor y la melancolía del presidario. Aquellos claustros sagrados donde florecían virtudes y letras, tienen ruinas infectas por fachada, y asesinos y ladrones por moradores.

¡Maldito liberalismo, causa de todo esto!

¡Desgraciados los que todavía tenemos que sufrir los desaciertos de los gobiernos liberales!

Pero, en medio de esa profunda tristeza que se apodera de nosotros cada vez que nos paramos á contemplar la diferencia que existe entre los tiempos del *oscurantismo* y los de la libertad liberal, sentimos todavía palpitar en nuestros pechos la esperanza de tiempos mejores, que tal vez no tarden en venir.

En frente de las huestes liberales se levanta majestuosa é imponente la gran comunión católico-monárquica; en frente de la negra bandera del liberalismo está enarbolada la bandera de nuestras venerandas tradiciones; y esto nos hace confiar en que volverán aquellos venturosos días con todas nuestras antiguas costumbres y creencias.

NUESTRA DOLENCIA Y SU REMEDIO

La cuestion social va tomando proporciones colosales. Unicamente la apatía ó la falta de talento pueden mantenernos indiferentes á vista de un porvenir pavoroso que á todos amenaza. Los enemigos de toda verdad y de todo orden fijan ya el día de la gran liquidacion social. Las causas se precipitan, los sucesos se empujan violentamente, y el movimiento de los pueblos es cada vez más acelerado, como lo es el descenso de los graves, en proporcion directa del cuadrado de las distancias. Nos hemos acostumbrado á oír el error, á presenciar la inmoralidad, á tolerar los triunfos de los revolucionarios; entre tanto, el torrente se va embraveciendo, y al ver precipitarse á nuestros pies la furiosa corriente, como seguros sobre sus márgenes, nos dolemos de los destrozos que arrastra, sin cuidar de las amenazas que nos amagan. La perversidad de los hombres y la venganza de la providencia suenan cercanas. ¿Quién se lanza á conjurarlas? Las revoluciones descaradamente anticatólicas y los gobiernos, como no les sobra catolicismo, y como toda política reinante es más ó menos heterodoxa, se han acostumbrado á mirar á los revolucionarios como á enemigos de la Iglesia y no del Estado. No podemos llamar revolucionario á un gobierno, sin merecer la nota de intransigentes; pero el gobierno podrá adoptar principios revolucionarios, valerse de revolucionarios, edificar sobre la revolucion, no conjurarla sino como á un enemigo político, tolerarla como enemiga de la Religion, y no ocuparse de ella como enemiga social, y todo esto no es sino fomentarla. Ved ahí lo que los gobiernos menos malos hacen por el bien de las naciones y por los intereses más preciados de la sociedad.

La Providencia no ha permitido jamás que los malvados fuesen enemigos únicamente de la Religion; ellos han debido serlo también de la sociedad; y los que han combatido á la Iglesia, han sido siempre los envenenadores de la paz y de la riqueza de los pueblos. Miremos al través de ese prisma las naciones europeas.

Las más hostiles al catolicismo son las más trabajadas por el cáncer de la demagogia, para que resalte la imposibilidad de hacer causa aparte entre la Iglesia y la sociedad. Nadie desconoce los males que sufrimos, ni los que nos amagan; y son pocos los que combatan por el bienestar. Rusia quisiera salvar el trono y el cisma y sofocar el nihilismo; Prusia aspira á la supremacía europea y matar el socialismo dando la menor cantidad posible de libertad á los católicos, y la mayor amplitud á los protestantes; Austria, balanceando concesiones de protección á católicos y luteranos, pretende robustecerse para vengar agravios y librarse de recelos diplomáticos y tumultos demagógicos. Italia no acierta á reprimir la audacia carbonaria de Mazzinianos y Garibaldinos, mientras á este precio ha despojado á los Pontífices de sus Estados. Inglaterra, á fuer de intrigante y recelosa por su protestantismo, sufre á los fenianos. Francia atea es el portaestandarte de la impiedad á costa de sacudimientos volcánicos en todas las esferas políticas y sociales. Suiza, el mejor modelo de república á la moderna, es á manera de una batería calvinista de donde parten torpedos terrestres contra las naciones europeas; y España, nuestra utopista España, está soñando en la felicidad de verse liberal como el siglo, pero sin unidad religiosa; quiere ser católica como nuestros padres, pero sin institutos religiosos, sin bienes amortizados.

Por doquiera se siente un malestar interno como presagio de una enfermedad aguda, que en verdad es la pleura fatídica que está sufriendo el cuerpo social, y urge el remedio. La política y la industria tienen repletas las arterias de las naciones, hay gran desequilibrio entre la industria y el trabajo. Cuando los pueblos han venido á mayor necesidad de religion, la política ha querido salir garante de la paz y de la moralidad, y la industria que nos ahoga y asfixia, nos ha prometido bienestar. ¡Como si la religion pudiera ser sustituida por nada hu-

mano, como si la medicina pudiera ser reemplazada por el curanderismo!

Los nihilistas, socialistas, demagogos, fenianos, carbonarios, republicanos, reformistas, no son enemigos de la sociedad sino porque lo son de la Iglesia, sino porque son liberales. Quitad de sus programas lo que tienen de liberal, suplidlo con doctrina católica, y tenéis asegurado el orden, la riqueza y la paz de Europa. Nuestro viejo continente padece una fiebre que en términos humorísticos llamaríamos liberalitis. Leon XIII con su mirada de lince, porque tiene luz del cielo, ha hecho el diagnóstico, ha denunciado la dolencia, y ha prescrito el remedio con su inmortal Encíclica *Humannum genus*. Querer suplir el medicamento con bayonetas, equivale á querer evitar el cauterio por medio de cáusticos; y este procedimiento es débil, inoportuno y tardío. Sólo el catolicismo puede salvar á la sociedad.

AULICON

DISPAROS

La célebre *Exposicion* de varios católicos, llamémoslos así, ó para hablar mejor, el *motin* de varios mestizos españoles, ha hecho fiasco.

Se contaba con que un alto personaje á quien el Papa debe atenciones, presentaría el consabido folleto; pero el personaje no ha aparecido, y la *exposicion* anda por esos barbechos del diablo sin haber podido llegar á su destino.

Ya lo saben nuestros amigos. No contentos algunos mestizos con el Decreto de Roma sobre *El Liberalismo es pecado*, despechados, hechos unos venenillos, cogieron la péñola y echaron una arenga *integrófoba* que ponía de tú al más pintado. Pensaban con ella hacer temblar al mundo, intimidar al Papa, y hacer trizas á la Sagrada Congregacion del Indice.

La Civiltà Cattolica, la primera revista católica del mundo, como dijimos días atrás, escrita bajo la inspeccion del Vaticano, se ha creído en el caso de decir á esos mestizos *apelantes* cuantas son cinco. Insertaremos el magistral artículo de *La Civiltà* tan pronto como podamos, y verán nuestros amigos cosa buena.

Las noticias que vienen de Roma sobre la *exposicion*, son todas mortales para los agonizantes mestizos.

Razon tenía *La Union* de D. Damian el bolonio al asegurar que se acercaba la hora de las grandes declaraciones de Roma.

¡Y tanto como se ha acercado!

Más de lo que quisieran los mestizos.

En la citada *exposicion* hay un detalle notabilísimo.

En un arranque de entusiasmo mestizo dicen los muy católicos, los muy sumisos, los muy papistas: «*El martirio, Padre Santo! Pero ¡jamás El Liberalismo es pecado! ¡antes la muerte! ¡Jamás! ¡antes el martirio!*»

¡Qué mártires están ustedes!

Unos hombres que de la cumbre de los principios rodaron al valle del *presupuesto*, por la sencilla razon de que en la *cumbre* la comida no era gran cosa, y en el *valle* estaba muy sazónada y succulenta, esos invocan el martirio y la muerte....

¡Ah! Si *El Liberalismo es pecado* llevase tras sí ministerios, cátedras, diputaciones, etc... entonces, ¡oh!, entonces á grito herido los mestizos ensordecerían el espacio jurando y perjurando cien veces que *el liberalismo es pecado*.

¡Ah, mártires de pega!

¡Medrada estará la creencia que se ha de acreditar con vuestro *martirio!*

Escritas y compuestas las precedentes líneas, leemos en una interesante correspondencia que desde Roma dirigen á *El Correo Catalan*, lo siguiente:

«Dije ya á ustedes en mi última carta que aun no se había hallado un personaje notable que presentase al

Padre Santo la conocida *Exposicion de varios católicos españoles*. Y era cierto.

«Pero despues, finalmente, los amigos y fautores de aquella *Exposicion* y de aquellos *varios católicos* han conseguido, valiéndose de un medio que por ahora ignoro, hacer llegar aquel opúsculo á manos de Su Santidad.

«Opino, sin embargo, que la mejor suerte que podrá caber á aquel escrito será la de no ser tenido en ninguna consideracion.»

¡Lucidos van á quedar los Sánchez y los Llánas, los Pidales y los Damianes, despues que el Papa haya leído tan infamante *Exposicion!*



En Méjico el día del Córpus parece que fué asesinado un venerable Obispo: el de Zamora.

Seguramente se le asesinaría por ser exacto cumplidor de su deber, no por afecto al mundo liberal.

La era de los mártires no ha cesado aún.

Lo calamitoso de los tiempos nos tiene tan acotumbrados á los grandes crímenes, que un Obispo asesinado es ya un espectáculo de poco más ó menos.

Lo que pueden las costumbres liberales.



Llamamos la atencion de nuestros amigos sobre un hecho.

Hemos sabido que anda por Mallorca ó anduvo un *colocador* de suscripciones con una historia de España escrita por D. Miguel Morayta, el célebre catedrático impío, cuyo discurso leído en la Universidad central y hecho repartir entre los alumnos aprovechados por el catolicísimo Sr. D. Alejandro Pidal, Ministro de Fomento, fué condenado por casi todos los preladados españoles.

Ese Morayta ocupa ahora el primer puesto en la Masonería Española; y, á no ser mason y enemigo de la Iglesia, hubiera llegado á lo más á profesor adocenado de algun villorrio.

Y no por oposicion, pues demostró algun día que no sabe ganarlas, ni aún con el apoyo de gobiernos liberales.

Su masonismo é impiedad le han hecho *persona*.

Sabido es lo mucho que influye en una historia la religion ó irreligion del historiador, cómo los impíos desfiguran los hechos, cómo calumnian á la Iglesia, y cómo de todo sacan armas contra Cristo.

Colijan nuestros amigos qué historia de España será la del tal Morayta.

Desde luégo damos á todos la voz de alerta, reservándonos para otro número el dar más pormenores sobre el último parto, monstruoso, indudablemente, como todos los partos de Morayta hasta la fecha.

Decimos esto, porque sabemos que hay mucho incauto, y que los malos libros se introducen por todas partes que es una... maldicion.

Antes el martirio, ántes la muerte que los errores, dislates, y esperpentos de Morayta.

Si así hablaran los mestizos, y no invocasen el martirio ántes que el fallo de Roma, otro gallo les cantara.



Las dos iglesias que están construyéndose en Manacor, acaban de recibir un donativo algo respetable. A la que se alza en el barrio denominado *Fartarita*, cuya fábrica está muy adelantada, se le han asignado 500 pesetas; á la del barrio *la Vila nova*, 250. La primera parece que podrá abrirse al culto público á principio del próximo invierno.

Mucho nos alegraríamos que así fuese.

DON CARLOS DE BORBON

La Opinion Nacional de Lima, correspondiente al día 30 de Mayo próximo pasado, escribe este artículo con motivo de la estancia de D. Carlos en aquella capital, artículo que no dudamos leerán con gusto nuestros amigos.

Por primera vez pisa tierra peruana desde que Francisco Pizarro descubrió, conquistó, pobló y civilizó el vasto Imperio de los Incas, un descendiente directo del

soberano á quien hizo homenaje de su fabulosa conquista y añadió á la imperial corona del sacro romano imperio y á la regia de España reunida y libre ya del agareno, mediante la habilidad y heróico esfuerzo de su inmortal abuela, el *llauto* de Manco-Capac, siendo el XVI Emperador del Perú; y no un descendiente así como quiera de rama colateral y lejano, sino el propio Principe, que su primicias de la historia la revolucion americana y la abolicion de la ley *sálica* en España, llamariase hoy Carlos VII, Rey de España y de las Indias. La presencia de este personaje como curioso viajero, en el pais que fuépreciado horón de la real diadema de sus mayores, y que pudo haber visitado como soberano, no puede menos que atraer de nuestra parte una simpática y respetuosa atencion, y juzgamos por ende que ofrecerá interes para nuestros lectores la breve reseña que les ofrecemos de los antecedentes y vida de D. Carlos de Borbon.

Reinaba en España Fernando VII, último soberano del Perú, y su lecho estéril, á pesar de tres matrimonios sucesivamente contraidos con Maria Antonia, y Maria Isabel Francisca de Portugal, y Maria Amalia de Sajonia, aseguraba la sucesion del trono español á su hermano segundo génito, D. Carlos Maria Isidro, que de su matrimonio con D. Francisca de Portugal, tenía una bella prole compuesta de tres hijos varones llamados D. Carlos, don Juan y D. Fernando.

Como el rey Fernando al perder á su tercera esposa era joven todavia, pues contaba poco más de cuarenta años, pensó en breve contraer cuartas nupcias, y mediante las sujestiones de su sobrina y cuñada D. Isabel, esposa de su tercer hermano D. Francisco de Paula, fijó su eleccion en la hermana de aquella, D. Maria Cristina, hija del Rey de las Dos Sicilias Francisco I, con la cual se casó el 11 de Diciembre de 1829. Fernando VII tenía á la sazón 42 años y su esposa 23.

Dió el Cielo á este cuarto matrimonio, la bendicion que habia negado á los anteriores, pero no á medida de los deseos del Reino, ni quizás de las necesidades del Rey, pues los frutos que produjo fueron dos niñas: doña Isabel, que reinó despues con el nombre de Isabel II, y doña Luisa Fernanda, casada en posteriores años con el Duque de Montpensier, quinto hijo de Luis Felipe I, rey de los franceses, ninguna de las cuales podia heredar el trono por regir en España desde el advenimiento de la casa de Borbon en 1743 en virtud de la paz de Utrech, la ley llamada *sálica* que vedaba á las mujeres la sucesion á la corona. Esta ley era parte de los franco-sálicos y databa en Francia desde los tiempos de Clovis, esto es, desde el siglo V.

Viendo el Rey Fernando acercársele la muerte, á pesar

Un chinito y una chinita
Los dos se quieren casá.

Y, tomando unas tijeras, quitó el papel, levantó la tapa, y aparecieron puestos en fila un centenar de cigarrillos de la Vueltita de abajo.

La joven se puso á saltar y á bailar, cantando á media voz:

Concluidos estos preparativos, sacó del bolsillo el envoltorio, quitó el papel de encima, y apareció una cajita de cedro pegada con tiritas de papel azul.

Miró á todas partes, como quien va á cometer un delito, y hasta cubrió con un papel el agujero de la llave.

Agustina, al llegar á su casa, tomó una luz, y, despues de haber besado á su papá y á su madrastra, se retiró á su cuarto, y se encerró presurosa en él.

No tenían ni pá funá.

¡Ah! ¡Ah!

¡Ah! ¡Ah!

Alfredo se retiró á su aposento; y, mientras fumaba un beguero, se desnudaba lentamente cantando la estrofa de la habanera que cantó su prima.

LA GIBANA

48

—¿De veras?—dijo Agustina—con tía Matilde y con primo Alfredo y mamaita y papaito?

—Todos—contestó D. Felipe,—ya que Matilde así lo quiere.

—¡Qué bien!—replicó la joven, palmoreando; y mientras su papá, su mamá y su tía hablaban del viaje, dijo en voz baja á su primo, al mismo tiempo que sus mejillas, color de latón, tomaban por el rubor de la gloria de cobre:—¿Te has acordado de mí, primo Alfredo?

—¡No que no!—contestó el joven.—Y añadió:—Voy por el cuerpo del delito; pero ¡chist! que mamá me refiriera de lo lindo.

—¿Y á mí no?—contestó Agustina.—Si mamaita lo supiera, ya podría taparme la oreja; y no sé por qué, pues al fin y al cabo....

—Es muy natural en tu país, querida prima; pero aquí una señorita no se permite semejantes libertades.

—Esto es muy ridículo, primo Alfredo—dijo Agustina,—y, si no fuera por tí, que te apiadas de mí, estaria muy fastidiada.

—Mira, prima—dijo Alfredo,—ahora voy por lo que tú deseas, y entre tanto, para

Se concluyó la comida, cuando comareció Alfredo.

El joven besó á su mamá, dió la mano á su tío, á su tía y á su prima, y se sentó junto á esta última.

—¿Has comido?—preguntó su madre.

—Sí, mamá—contestó el joven.—Pablo se ha empujado en que debía comer algo en el Restaurant.

—¿Y ahora vuelves á salir?—dijo doña Matilde.

—No mamá—contestó Alfredo;—y, puesto que están aquí mis tíos y mi prima, pasaré con ellos la velada hasta que se retiren.

—Muy bien—exclamó D. Felipe,—y, una vez que así lo haces, tu mamá te informará de una excursion que tratamos de hacer este año á los Pirineos todos nosotros juntos.

—Muy bien—dijo D. Matilde, y añadió por lo bajo á su hermano,—tal vez allí podremos empezar los preliminares de lo que tú y yo deseamos.

—Te comprendo perfectamente—dijo don Felipe,—pero no creo que podamos pornernos de acuerdo, pues la conducta de Alfredo deja mucho que desear, y por otra parte Agustina es más fea que un buho, y seria un matrimonio infeliz.

—Agustina es muy buena—observó doña Matilde,—y los jóvenes que han seguido el mundo, no se parvan en hermosuras.

—Desgraciadamente tu hijo no es así,—dijo D. Felipe,—y el otro día tuve ocasion de saber un episodio de la vida de Alfredo, en el cual juega un papel demasiado activo una inteliz joven, llamada Pepa, que es por su desgracia una verdadera hermosa.

—Algo he sabido—dijo con sentimiento D. Matilde,—y por más que el mundo de hoy llama á esto un pasatiempo, no sé yo aventarme á ello, y he repondido más de una vez á mi hijo, el cual me aseguró haber roto ya toda relacion con semejante criatura.

LA PASION DE AGUSTINA

41

cion de que tú te cuidas de proporcionarnos alojamiento.

—Muy bien—dijo D. Matilde, y añadió por lo bajo á su hermano,—tal vez allí podremos empezar los preliminares de lo que tú y yo deseamos.

—Te comprendo perfectamente—dijo don Felipe,—pero no creo que podamos pornernos de acuerdo, pues la conducta de Alfredo deja mucho que desear, y por otra parte Agustina es más fea que un buho, y seria un matrimonio infeliz.

—Agustina es muy buena—observó doña Matilde,—y los jóvenes que han seguido el mundo, no se parvan en hermosuras.

—Desgraciadamente tu hijo no es así,—dijo D. Felipe,—y el otro día tuve ocasion de saber un episodio de la vida de Alfredo, en el cual juega un papel demasiado activo una inteliz joven, llamada Pepa, que es por su desgracia una verdadera hermosa.

—Algo he sabido—dijo con sentimiento D. Matilde,—y por más que el mundo de hoy llama á esto un pasatiempo, no sé yo aventarme á ello, y he repondido más de una vez á mi hijo, el cual me aseguró haber roto ya toda relacion con semejante criatura.

V

LA PASION DE AGUSTINA

41

Se concluyó la comida, cuando comareció Alfredo.

El joven besó á su mamá, dió la mano á su tío, á su tía y á su prima, y se sentó junto á esta última.

—¿Has comido?—preguntó su madre.

—Sí, mamá—contestó el joven.—Pablo se ha empujado en que debía comer algo en el Restaurant.

—¿Y ahora vuelves á salir?—dijo doña Matilde.

—No mamá—contestó Alfredo;—y, puesto que están aquí mis tíos y mi prima, pasaré con ellos la velada hasta que se retiren.

—Muy bien—exclamó D. Felipe,—y, una vez que así lo haces, tu mamá te informará de una excursion que tratamos de hacer este año á los Pirineos todos nosotros juntos.

—Muy bien—dijo D. Matilde, y añadió por lo bajo á su hermano,—tal vez allí podremos empezar los preliminares de lo que tú y yo deseamos.

—Te comprendo perfectamente—dijo don Felipe,—pero no creo que podamos pornernos de acuerdo, pues la conducta de Alfredo deja mucho que desear, y por otra parte Agustina es más fea que un buho, y seria un matrimonio infeliz.

—Agustina es muy buena—observó doña Matilde,—y los jóvenes que han seguido el mundo, no se parvan en hermosuras.

